



Tequesquitengo, Morelos, 2003. © Héctor Parra.

A LA SOMBRA DEL ÁRBOL PIONERO

Antonio García de León*

El explorador

La obra clásica de Aguirre Beltrán que cumplió sesenta años de publicada en 2006, *La población negra de México. Estudio etnohistórico*,¹ implica un acontecimiento de gran relevancia y convierte al autor en el supremo *babalawo* de las nuevas generaciones de africanistas mexicanos, es además uno de los fundadores de la Antropología mexicana moderna y de los estudios indigenistas, teóricos y aplicados. Gonzalo Aguirre Beltrán fue el gran constructor y artífice del tema de la presencia africana en México. La pasión que imprimió a su trabajo brota en todos sus textos y se transforma en una serie de lugares históricos que desembocan en una obra singular y polémica: una mezcla de antropología, historia y reconstrucción cultural, seguramente inseparable del hecho de haber nacido en Tlacotalpan, un pueblo de la cuenca del Papaloapan situado en una región de paso del comercio colonial, teñida de pies a cabeza por el mestizaje.

Así, esta obra se ocupa de un tema que el autor construyó de manera global y etnohistórica, alrededor de los documentos que ávidamente logró reunir -principalmente en el Archivo General de la Nación, tratando de dar una explicación coherente a la participación de la población africana en el mestizaje de la Nueva España: lo cual le confiere a sus resultados un carácter único dentro del contexto de su época. A veces, a partir de una sola fuente, reconstruye y da sentido a toda una red de relaciones que terminan por constituir hechos contundentes: a tal punto que el negro colonial de Aguirre Beltrán se convirtió en un personaje arquetípico de las historias posteriores “el negro esclavo de la Nueva España” (imposible de imaginar sin las viñetas de Alberto Beltrán).

Su gran aporte, en todo caso, fue el haber puesto sobre la mesa un tema absolutamente olvidado por el relato oficial de la historia construida después de la independencia en aras de la construc-

* El doctor Antonio García de León es investigador del Centro INAH-Morelos.
hom_shuk@hotmail.com

¹ Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México. Estudio etnohistórico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946, aumentada en 1972.

ción de una identidad nacional basada solamente en el “esplendor del México antiguo” y en la “herencia española”: el mérito de haber hecho evidente la existencia de los negros y “afromestizos” -como él los llama en los términos de la antropología integradora de su tiempo-, creando las bases iniciales de toda una corriente historiográfica que se va a ocupar después del tema, aunque durante más de treinta años haya sido el “africanista solitario de México”, como lo llamó el venezolano Acosta Saignes. En este contexto, y como lo corrobora en un libro póstumo que conjuga nuevos ensayos (*El negro esclavo en Nueva España...*),² su trabajo inicial y fundador no puede desligarse de la atracción que sobre él ejercieron los estudios hechos en tres países en donde la presencia africana es decisiva: Cuba, Brasil y los Estados Unidos, pues es de allí de donde proviene su insistencia en la condición social de los esclavos. Así, en las páginas de *La población negra* aparecen no sólo los espectros culturales de varios grupos étnicos traídos a México desde el África subsahariana y por la fuerza, sino que también se pasean los fantasmas de los cubanos Fernando Ortiz, Manuel Moreno Fraginals y Julio Le Riverend; del anglocaribeño Eric Williams, de los brasileños Raymundo Nina Rodrigues y Arthur Ramos -contemporáneos de él y apasionados investigadores del tema en sus respectivos países-, pero, sobre todo, la influencia directa de su maestro estadounidense Melville Herskovits: cuyas investigaciones, ubicadas en estos contextos de gran africanía, no van a dejar de marcar los pasos ulteriores de nuestro pionero solitario.

Siempre he imaginado el libro de Aguirre Beltrán no solamente como el faro que alumbraba la investigación de este tema en México, sino como algo que, como todas las obras clásicas, está en permanente movimiento y sometida a continuas interpretaciones. *La población negra de México* es una gran obra “interactiva” y “viva”, en el sentido de que cada vez que se la lee, revela nuevas pistas y ofrece nuevas imágenes. Ésta ha sido también una obra que al paso de los años se ha convertido en un gran referente colocado en el camino de la investigación del tema, un inmenso árbol *baobab* de cuya sombra es difícil escapar. Cuando los estudios africanistas se reanudaron en México hacia la década de los setenta, y cuando varios historiadores más jóvenes se

unieron a aquel patriarca solitario,³ la obra de Aguirre era ya un farallón ineludible desde cualquier punto del paisaje que uno se colocara. Es así como todos los trabajos posteriores empezaron refiriéndose a Gonzalo Aguirre Beltrán como el verdadero tótem de una tribu que seguiría por siempre sus pasos; algo que, por lo demás, le molestaba, como me lo confesó alguna vez en su refugio final de Jalapa, pues inhibía la búsqueda de nuevos caminos, nuevas fuentes y nuevas interpretaciones.

Los saldos

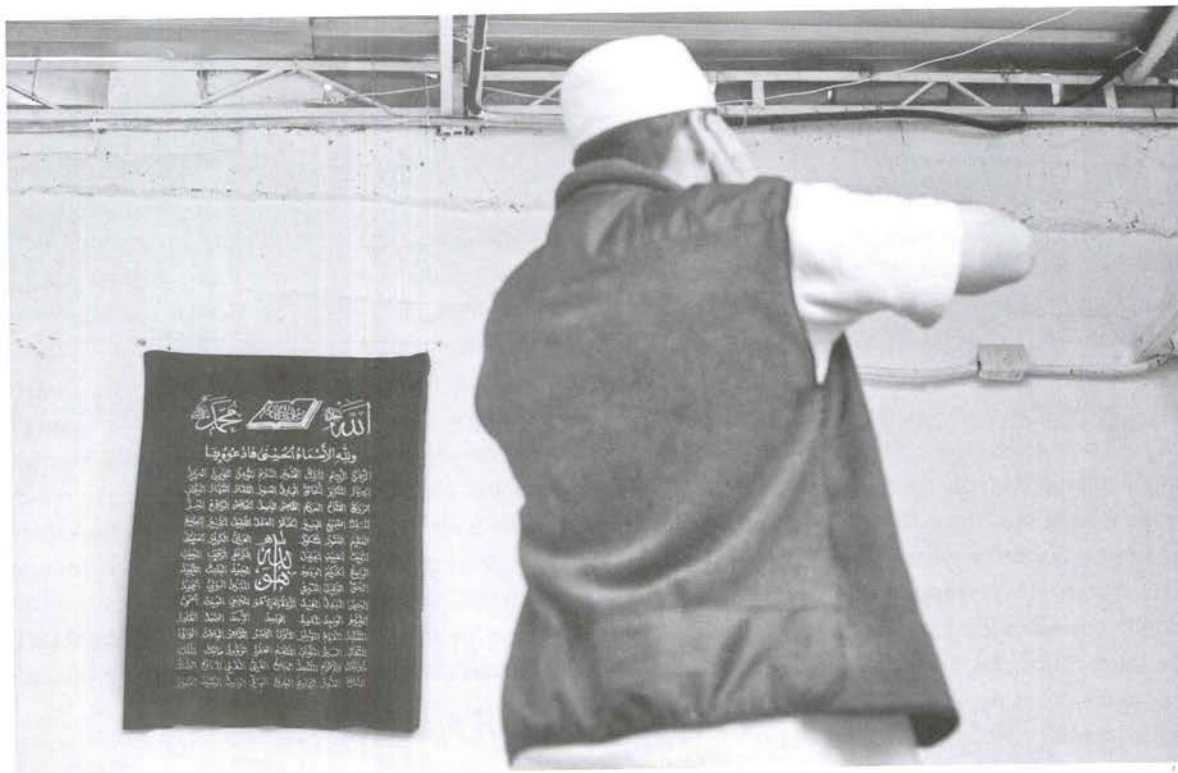
Sin embargo, no hay que perder de vista que después de aquel trabajo pionero y explorador, el conocimiento acerca de la participación afrodescendiente en el México colonial y contemporáneo ha tomado relevancia, pues a él se han unido muchos investigadores de diferentes tendencias y nacionalidades, desgraciadamente no exentos de prejuicios: pues al-



Grafía con los nombres de Alá y Mohamed. Colonia Valle de de Aragón, D. F., 2002. © Héctor Parra.

² Gonzalo Aguirre Beltrán, *El negro esclavo en Nueva España. La formación colonial, la medicina popular y otros ensayos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

³ Su impulso fue continuado por la Dra. Luz María Martínez Montiel, investigadora del INAH, quien heredó en los años sesenta y setenta la tarea solitaria del “afromexicanismo”. Hoy, por fortuna, existen muchos investigadores mexicanos haciendo aportes a la temática: María Elisa Velásquez, Ethel Correa, Arturo Motta, Juan Manuel de la Serna y muchos más.



Musulmán realizando el llamado a la oración. Colonia Valle de Aragón, D. F., 2002. © Héctor Parra.

go que generalmente se olvida es que en los tres siglos coloniales la mayoría de los africanos y sus descendientes eran libres y sujetos a jornal, siendo los esclavos un grupo particular. Al poner el énfasis en este último grupo, se tiende -por razones de densidad bibliográfica- a aplicar los esquemas de la esclavitud ocurrida en el Caribe y los Estados Unidos.

Por lo mismo, se requieren varios pasos para lograr una interpretación histórica en relación con los negros y mulatos esclavos y libres de la Nueva España y a la estructura económica del mundo colonial en toda su diversidad y en los distintos momentos de integración a la economía mundial. La nueva oleada de estudios acerca del tema, que se desató a partir de los años ochenta del siglo pasado entre mexicanos, estadounidenses y europeos se caracteriza, sin embargo, por estar a menudo limitada a estudios de caso particulares, a contextos regionales específicos o a giros temáticos aislados de las realidades históricas generales; tomando del maestro apreciaciones aisladas sobre la “esclavitud” o la “magia” que carecen, sin embargo, de la visión global y de conjunto pretendida originalmente por el trabajo pionero -y a cuya sombra se realizaron-, o derivando en muchos casos en interpretaciones sesgadas o forzadas por el ruido que mete en la in-

vestigación la ineludible construcción de las nuevas identidades regionales y étnicas.

Esta reinterpretación es necesaria en función de romper muchos de los mitos que se han conformado en los últimos años (algunos derivados de una lectura parcial del mismo trabajo del maestro), y ayudaría a plantearse rutas de investigación a partir de un replanteamiento de la diáspora forzada africana y la forma como ésta se insertó en el complejo México colonial. Las variables históricas que hoy habría que considerar para evaluar la cuestión de la esclavitud y de la presencia de la población de origen africano en toda la Nueva España son muchas, sobre todo porque la diversidad de nuevos conocimientos sobre el mundo colonial es amplísima y totalmente diferente a lo que era hace sesenta años. Aquí solamente quiero referirme a algunas.

De principio, habría que decir que en la Nueva España -y a diferencia del Caribe, Brasil y los Estados Unidos-, la trata de esclavos nunca alcanzó niveles de consideración y declinó para siempre desde mediados del siglo XVII, antes de que iniciara el periodo más alto de importaciones a las primeras tres regiones mencionadas arriba. Como puede apreciarse en el gráfico elaborado por Fogel y En-

⁴ Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, *Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos, Siglo XXI de España Editores*, Madrid, 1981, pp. 10-16.

german en su libro clásico *Tiempo en la cruz*, de los 9 millones 735 mil esclavos introducidos según ellos al Nuevo Mundo, poco más de seis millones entraron en el siglo económico que va de 1701 a 1810, es decir, cuando las introducciones habían casi cesado en la Nueva España.⁴

Pero lo que principalmente distingue a la Nueva España de la mayoría de las colonias americanas en el periodo colonial es la conformación de una economía muy diversificada y autosuficiente, en donde la esclavitud, si bien sólo se puede justificar en términos económicos, nunca fue tampoco un proyecto central, ni el núcleo de las diversas formas de explotación de la fuerza de trabajo que se emplearon aquí; sino que fue sólo una forma que se usó aleatoriamente para llenar los espacios en donde la población indígena más o menos libre, la principal fuerza de trabajo existente, no estaba presente o había disminuido drásticamente. Esto marca la primera diferencia con los países que eran enclaves de plantación y que dependían exclusivamente de la mano de obra esclava de origen africano para su desarrollo.

Además, la complejidad del sistema económico del México colonial y las características distintivas de este virreinato, no habían sido puestas en claro en la historiografía del siglo pasado -mucho menos hace sesenta años-, pues predominaban entonces las variables de la "teoría de la dependencia", que partían de un modelo bastante simplista de relación desigual y unívoca de metrópoli-colonia, que impedía ver las sutilezas impuestas por el comercio interregional, la autonomía creciente de las elites criollas y la autosuficiencia productiva de muchas regiones. En las economías de plantación y en los enclaves mono-productores que prosperaron en el Caribe, el Brasil y los Estados Unidos, el esclavo era una inversión pura, parte del capital constante de una plantación, y había de ser tratado como tal. Por el contrario, en los complejos virreinos de México y el Perú -es decir, en la mayor parte de la tierra firme americana colonizada por la Corona española-, un gran número de los esclavos estaba fuera del modelo productivo primario, y eran objetos de lujo del sector "terciario" de servicios públicos y domésticos, y en la segunda o tercera generación se logró la liberación de la mayoría de sus descendientes. Esto marca una diferencia fundamental y explica porqué, y sobre todo después de 1701, la mayor proporción de esclavos fue introducida a los países que desarrollaron el modelo de plantación exportadora.

En el conjunto de la trata, para dar una sola idea de esta diferencia, la Nueva España sólo representó, si tomamos como ciertas las cifras de Curtin

y de Fogel y Engerman, el 1.07 por ciento de la totalidad de las introducciones, mientras que todas las colonias españolas en América, juntas, alcanzaron el 17 por ciento: y eso que Cuba y Puerto Rico, después de 1770, se integraron también a la "revolución de las plantaciones intensivas", como la ha llamado Sheridan, y aumentaron sus introducciones forzadas, las que cesaron hacia 1870 con la abolición de la esclavitud.

Si intentamos un breve recuento de las importaciones de esclavos para tener una idea muy general y provisional, veríamos que las concesiones dadas a los genoveses y a algunos particulares antes de 1580 lograron introducir a Nueva España una cantidad creciente de esclavos bozales, hasta casi 20 mil en entradas esporádicas, la mayor parte de ellos proveniente de Guinea y Cabo Verde, así como algunos "negros criollos" de la península ibérica. Estas primeras introducciones forzadas estaban destinadas a alimentar las necesidades laborales de las primeras plantaciones azucareras y a los reales de minas en el avance colonizador hacia el norte. Los *asientos* portugueses, en los cincuenta años de labor de su factor en Veracruz (1590-1640), introdujeron oficialmente el contingente más grande,



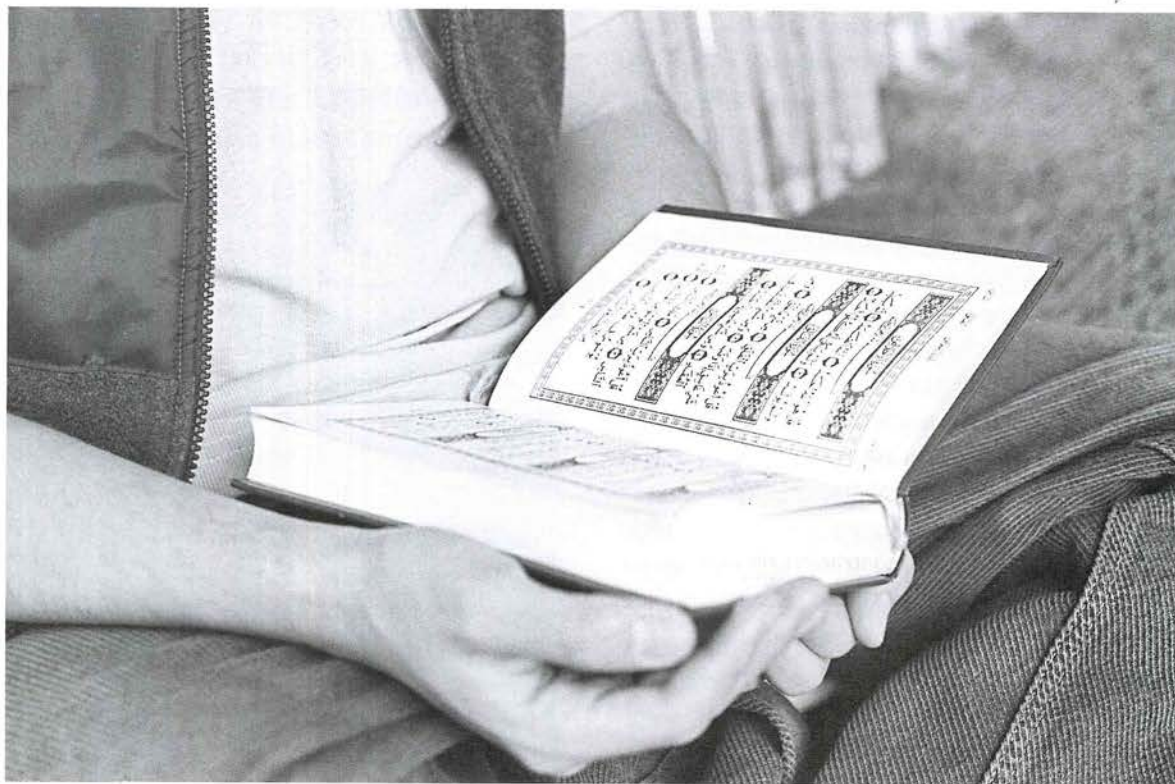
Musulmán realizando el llamado a la oración, Colonia Valle de Aragón, D. F., 2002. © Héctor Parra.

alrededor de 70 mil, principalmente del Congo y Angola, sin contar las entradas de contrabando⁵. En la segunda mitad del XVII y hasta 1713 -según los registros de Sevilla-, los asentistas españoles, holandeses, franceses e italianos⁶ importaron alrededor de 10 mil individuos, primordialmente criollos del Caribe español, destinados a cubrir ciertas áreas de la economía afectadas por la depresión comercial de aquel siglo.

Desde 1700, la Real Compañía de Guinea (o del Senegal) introdujo más de siete mil, mientras que La Real Compañía de Inglaterra (*South Sea Co.*), el último gran asentista autorizado, vendió no más de 3 mil en poco más de cuatro décadas, en su mayoría del Caribe inglés (Jamaica principalmente) y algunos de Costa de Oro y Whydah (en el África Occidental). Las introducciones posteriores, a cargo de la Compañía Gaditana de Negros y de otras firmas de particulares, no tuvieron ya una gran importancia, debido a la contracción de la demanda

del mercado local. Así y en resumen, diremos que según Colin Palmer, el total de esclavos importados a Nueva España en el periodo de tres siglos llegó hasta los 110 mil 525 individuos,⁷ lo cual representa precisamente sólo un poco más del uno por ciento de las introducciones totales al Nuevo Mundo.

En el México colonial, esta presencia se caracterizó sobre todo por una más exitosa integración social que en los países en donde se desarrolló una economía de plantación orientada al mercado mundial. El resultado fue que, si bien en el siglo XVII esta población era la segunda en importancia -bastante después de los indios-, ya para finales del periodo colonial solamente representaba un diez por ciento de la población total, aun cuando la mayoría de la población mestiza tenía -en función del crecimiento natural interno de la población-, en mayor o en menor medida, algún antepasado de origen africano. Así, la apreciación de Humboldt minimizando la esclavitud africana en México, y que tanto moles-



Musulmán leyendo el Corán. Colonia Valle de de Aragón, D. F., 2002. © Héctor Parra.

⁵ Es decir, un promedio anual de 1,166 "cabezas" anuales. Véase: Gonzalo Aguirre Beltrán, *Op. Cit.* 1946, Ph. D. Curtin, *The Atlantic Slave Trade. A Census.* University of Wisconsin, 1969, Nicolas Ngou-Mvé, *El África bantú en la colonización de México (1595-1640).* Madrid, 1994 y Enriqueta Vila Vilar, *Hispanoamérica y el comercio de esclavos.* EEHS. Sevilla, 1977.

⁶ Aquí destaca el asiento de la compañía de Grillo y Lomelín, uno de cuyos socios principales, Agustín Lomelín, fue ajusticiado por los 300 esclavos "bozales" del río Congo que conducía personalmente a México. El motín ocurrió en La Rinconada (Veracruz) en octubre de 1669, dando lugar al levantamiento del "rey" Mbomba, que terminó por diluirse años después en las montañas de Actopan (en el lugar hoy llamado "Rincón de Negros"). Se trata de un episodio poco conocido del cual hemos encontrado testimonios en el Archivo General de Indias de Sevilla.

⁷ Colin A. Palmer, *Slaves of the White God...*, 1976, p. 28.

tó a Aguirre Beltrán, se ubica en una realidad colonial tardía y adquiere sentido si consideramos que desde el siglo XVII la mayor parte de los clasificados como “negros y mulatos” eran libres, integrados a varios oficios y actividades, a la defensa militar y contribuyentes cautivos del sistema tributario de la Real Hacienda.

Es muy claro además que si tomamos el conjunto del periodo virreinal, la esclavitud de los africanos en la Nueva España nunca fue económicamente rentable, gracias a las mismas condiciones impuestas por el particular crecimiento económico, a un proceso inevitable de rentabilidad decreciente que terminó por volver obsoleta a esta injusta institución. Por sobre sus ruinas, por el contrario, se erigió un mundo socialmente abigarrado en donde los esclavos y sus descendientes interactuaban en muy diferentes niveles y formas. Ya para fines del siglo XVII, y con excepción de algunos pequeños enclaves azucareros que surtían el mercado interior, los esclavos resultaban más caros que los jornaleros y los peones *acasillados*, y la esclavitud se desmoronaba y se desagregaba por todas partes.

En cuanto al trabajo en las minas, situadas en el norte y en donde la esclavitud funcionó más o menos durante los primeros cien años de la colonización, varios estudios, como el trabajo de Bakewell sobre Zacatecas, demuestran que también era obsoleta desde la segunda mitad del XVII.⁸ Aquí, vale la pena mencionar el comentario de un factor de la compañía inglesa *South Sea Co.*, que en 1718, atribuye la escasa demanda de esclavos, que hacía innecesaria la presencia de la compañía en México, “al vasto número de indios tributarios que en el Reino de la Nueva España abundan y quienes ejecutan todas las labores a muy bajo costo”.⁹

Otro aspecto digno de tomarse en cuenta en la historia global de la colonización de la América española -y muy en particular en México-, es que la política de la Corona hacia el interior de sus colonias se basó no solamente en la represión, sino principalmente en la manipulación, el manejo político y el control de los conflictos entre las clases y los grupos sociales, haciendo que la Corona y sus representantes locales mantuvieran el poder por sobre la discordia social y alimentándose de ella. Por lo mismo, la Corona jamás favoreció la homogeneidad, sino, más bien, la más absoluta diversidad



Sala de oración. Colonia Roma, D. F., 2004. © Héctor Parra.

-expresada en el famoso “sistema de castas”, para poder imponer sobre la sociedad colonial en su conjunto la fuerza indiscutible del poder central.¹⁰ Los intereses enfrentados de criollos y gachupines, de indios y mestizos, de mulatos y negros, ponían en un delicado ejercicio de equilibrio a todo el sistema, pero favorecían la legitimidad absolutista de la Corona. Esta situación obligaba, por lo mismo, no sólo al aplastamiento de las rebeliones y las revueltas, sino también a la negociación. Si a la falta de integración del esclavo en un sistema único, a ser parte de una minoría y estar bajo estas condiciones políticas, unimos la revuelta y la resistencia; la suma de factores nos explicaría porqué, por ejemplo, las dos principales revueltas *cimarronas* -originadas en la cuenca azucarera de Veracruz (la de Yanga a inicios del XVII y la de Macute y otros líderes un siglo después)-, terminaron negociándose y produjeron un relativo triunfo de los sublevados: ser liberados, respetados como grupo y reducidos a pueblo: San Lorenzo de los Negros en el primer caso (1613) y Santa María Guadalupe de los Morenos de Amapa, en el segundo (1769). Pero al mismo tiempo, y eso es lo que generalmente se olvida, es que estos resultados negociados aseguraron en varias regiones el control estatal.

Asimismo, si uno penetra con la lupa puesta sobre lo que fueron las políticas españolas de poblamiento alrededor de minas y puertos, verá muy claramente la existencia de una población libre, en su

⁸ Véanse sobre todo las conclusiones de este libro: P. J. Bakewell, *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)*. Fondo de Cultura Económica. México, 1976, 1997.

⁹ Citado por Aguirre Beltrán en su libro, p. 85.

¹⁰ Es por eso que en México, el Porfiriato y el antiguo régimen del PRI serían los mejores herederos de esas formas de control estatal y de mantenimiento de la paz social.

mayoría de negros y mulatos, que fue parte de un poblamiento inducido, de una política deliberada y destinada a fijar una reserva laboral y agrícola que permitiera dinamizar estas regiones claves para el funcionamiento del sistema en su conjunto y como parte de la seguridad y la defensa militar. O sea, convirtiéndola en una población integrada a los intereses y a la estructura del Estado colonial.

Es así como, con la excepción de algunos núcleos descendientes de negros cimarrones que fueron ignorados por el Estado colonial e independiente -como las actuales comunidades de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca-, en México, los afrodescendientes casi nunca formaron grupos separados ni en el campo ni en la ciudad: la tendencia fue más bien hacia la integración étnica, racial y social en los amplios sectores marginados que la administración colonial llamaba "castas", y que ocupaban un estrato intermedio entre los "indios" y los "españoles". Y esto, se puede constatar muy claramente en muchos de los documentos disponibles, sobre todo para finales del periodo colonial.

Así, y para concluir, creo que la herencia de Gonzalo Aguirre Beltrán la podremos usar de la mejor manera cuando dejemos de considerar a su obra como la última palabra. Creo que el deseo del maestro fue solamente plantar en México la necesidad de estudiar una parte fundamental de nuestras raíces como pueblo, y que su trabajo pionero era solamente una guía inicial que ya podemos

empezar a profundizar a la luz de éstas y muchas otras posibilidades. Insisto en esto porque si seguimos usando el libro clásico de Aguirre Beltrán como única guía, lo más posible es que hagamos generalizaciones a partir de una o muy pocas fuentes documentales, o que, dada la importancia que le confiere en su libro al estudio de las regiones africanas y a los orígenes tribales -por razones de información-, se constituyan, como muchas veces ocurre, en un método que distorsione la evaluación del conjunto, de los procesos sociales ocurridos en la colonia y del justo peso que esta población tuvo en los orígenes del país, convertido en Estado-nación desde 1821.

La obligación nuestra y el mejor homenaje al maestro será desarrollar el reto que su trabajo nos heredó: la necesidad de contextualizar, de conferirle nuevo sentido a las fuentes y de darle a la historia un carácter lo más alejado posible de las visiones victimistas, maniqueas o dependientes de las modernas ideologías y de la nueva construcción, muchas veces artificial, de las identidades. Si la visión criolla de la historia de México había negado totalmente la presencia del factor africano, no ganamos nada en colocarnos en la posición de magnificarlo en exceso. El aporte de Aguirre Beltrán es valioso porque se basa en fuentes, en dudas, en conjeturas y en nuevas posibilidades de interpretación: sigamos ese camino aunque nos alejemos un poco de la sombra del árbol pionero.



Fin del ayuno en el Ramadám. Polanco, D. F. © Héctor Parra.

